



Jorge Aguilar Mora: historia, autobiografía y ensayo
Roberto García Bonilla

En *Transculturaciones de la crítica literaria en Latinoamérica I. Nociones, tradiciones y apropiaciones*, José Sánchez Carbó, Samantha Escobar Fuentes, Diana Jaramillo Juárez y Alicia Ramírez Olivares, coordinadores.

México: Editora Nómada, 2022. 296 págs.

www.editoranomada.com

1. Crítica literaria en América Latina / 2. Estudios literarios latinoamericanos

ISBN (versión impresa): 978-607-8820-11-5

ISBN (versión digital): 978-607-8820-12-2

DOI de la obra: <https://doi.org/10.47377/transcUno>

DOI del capítulo: https://doi.org/10.47377/transcUno_8

801.95

DSA



JORGE AGUILAR MORA: HISTORIA, AUTOBIOGRAFÍA Y ENSAYO

Jorge Aguilar Mora: history, autobiography and essay

Roberto García Bonilla

La teoría ilumina la experiencia.

Beatriz Sarlo

*La Revolución mexicana fue anónima. Fue
esencialmente obra de la gente común.*

Frank Tannenbaum

Resumen

La obra de Jorge Aguilar Mora (1946) deslumbra por su profundidad, desde la experimentación con el lenguaje hasta la pulcritud narrativa. Es inclasificable. No se ha leído, estudiado ni valorado con suficiencia en la república de las letras ni en la academia universitaria. Posee un estilo dilatado que explora el lenguaje como estrategia analítica y medio expresivo. Su crítica parte de una resignificación de identidades individuales, familiares, colectivas; de tradiciones del pensamiento. El presente capítulo es un seguimiento y aproximación a la formación y trayectoria del intelectual-escritor y docente. Se aborda, para ello, la confluencia del ensayo, la autobiografía y la historia en *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución mexicana* (2002). Aquí, la historia –desde la

geopolítica hasta el mito– es parte de la estrategia analítica y discursiva de Aguilar Mora, la cual establece conexiones temáticas y narrativas de los géneros literarios.

Palabras clave: Identidad, géneros literarios, memoria, biografías anónimas.

Abstract

Jorge Aguilar Mora's work (1946) dazzles with its depth, from experimentation with language to narrative neatness. It is unclassifiable, has not been read, valued, or studied sufficiently in academic spaces. It has a long style that explores language as an analytical strategy and expressive medium. His criticism starts from a resignification of individual, family, collective identities; traditions of thought. This text is a follow-up and approach to the training and trajectory of the intellectual-writer and teacher; it addresses the confluence of essay, autobiography, and history in *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución Mexicana* (2002). Here, history –from geopolitics to myth– is part of the analytical and discursive strategy of Aguilar Mora, who establishes thematic and narrative connections of literary genres.

Key words: Identity, literary genres, memoir, anonymous biographies.

Una trayectoria en marcha

Jorge Aguilar Mora nació en la ciudad de Chihuahua en 1946. Aún era niño cuando se trasladó con su familia a la capital del país. A los catorce años, intentó estudiar composición musical en el Conservatorio Nacional de Música; dicha aspiración lo convirtió en conocedor de repertorios e intérpretes desde el Renacimiento hasta las vanguardias contemporáneas. Cursó la Preparatoria en el Centro Universitario México (CUM) –institución de origen francés (Loira), creada por la congregación católica de los Hermanos Maristas–. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM, en cuya Facultad de Filosofía y Letras se escenificaron sus *Tres escénicas históricas* (1965) y *La siesta de un fauno* (1966). Obtuvo la licenciatura con la tesis *El texto de un juicio* (1974) sobre la novela *En tela de juicio* (1964) de Sergio

Fernández (1926-2020) –formador de varias generaciones en la mencionada institución, especialista en los Siglos de Oro–. Aguilar Mora se doctoró en El Colegio de México con una tesis sobre Octavio Paz: la primera versión de *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz* (1976).

Durante el movimiento estudiantil de 1968, Jorge Aguilar Mora formó parte del Consejo Nacional de Huelga de El Colegio de México; recuerda que durante el crepúsculo atroz del 2 de octubre de 1968, en Tlatelolco, vio correr mucha sangre; lo detuvieron en el convento de Santiago Tlatelolco y luego lo trasladaron a la cárcel de Santa Martha Acatitla donde permaneció dos semanas. Días después, le comunicaron que la petición de beca para estudiar en Francia se había aceptado; antes de terminar el mes viajó a París donde aún había impetuosos vientos de emancipación y radicalidad que dejó el mayo francés. Ahí, Aguilar Mora fue alumno de Roland Barthes. De esa amistad y sus lecciones, tenemos testimonios en el poemario *No hay otro cuerpo* (1978), así como en *La otra Francia* (1979), que también incluye encuentros con George Perec, Michel Tournier y Raymond Queneau. Fue lector en las universidades de Toulouse, Princeton y Middlebury.

Regresó a México y, por invitación de Luis Villoro, laboró en la recién creada Universidad Autónoma Metropolitana, donde impartió clases de redacción y elaboró el programa de la carrera de Literatura de la Unidad Iztapalapa, vigente durante varias décadas. Contrajo matrimonio con la escritora Rosario Ferré y, entre 1976 y 1981, vivió en Puerto Rico. Ahí dio clases en la Universidad de Puerto Rico y la Universidad Interamericana. Después residió muy cerca de Washington, desde 1981 y hasta 2010, donde fue profesor de literatura en la Universidad de Maryland. Como todo escritor, investigador y docente, Aguilar Mora tuvo proyectos suspendidos; uno de ellos fue la escritura de un libro sobre estructuralismo y semiología, en colaboración con Walter Mignolo (1941), en el cual querían disertar sobre la aplicación de esas teorías en la literatura latinoamericana. El proyecto no se concluyó: ambos académicos tomaron destinos diferentes. Existe, no obstante, un testimonio de su colaboración en *Caravelle*, revista de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, en la cual publicaron en coautoría el artículo “Borges, el libro y la escritura”, en 1971.

Aguilar Mora formó parte de una generación signada por la rebeldía y una vocación crítica que se liberó de las normas y comportamientos

prevalcientes social y culturalmente. Entonces colaboró en el suplemento *La Cultura en México* (heredero de *México en la Cultura* (1956-1965) –fundado por Fernando Benítez y entonces dirigido por Carlos Monsiváis– y formó parte de su consejo de redacción al que renunció por conflictos ideológicos (1977) –frecuentes en las publicaciones culturales–, junto con David Huerta y Héctor Manjarrez y otros más con quienes luego se integró a *La mesa llena* (1980-1981), además de colegas de su generación como Marcelo Uribe y Evodio Escalante. Convivió con integrantes de la generación de la Onda, así denominada por Margo Glantz en el “prólogo” de la compilación de cuentos realizada por Xorge del Campo: *Narrativa joven de México* (1969).

En la compilación *Onda y escritura en México: jóvenes de 20 a 33* (1971), publica “Yoris y la prisionera de Amberes”, un capítulo que después formaría parte de la novela *Si muero lejos de ti* (1979) que se estrecha con el movimiento estudiantil, aunque no de manera testimonial. A nuestro autor le importa más el conjunto, la periferia, que las centralidades reconocibles. En ese sentido, comentó que en el momento de planear la novela, fue muy difícil dar una visión interna y propia del 68; así mismo, no le importaba defender una filiación marxista, trotskista o del Partido Comunista. Al paso del tiempo, se advirtió que la esencia del movimiento, su fuerza, residió “en el sentido de hecho histórico cotidiano, no de hecho histórico global, estaba en la gente volanteaba, que trabajaba” (Toledo, 1995 124). Cuando inició esta novela, Sergio Pitol le propuso a su autor que hubiese escritores colaboradores; de ahí que la novela contenga sendos capítulos, no especificados, de Rosario Ferré y Severo Sarduy; al final, Pitol decidió no participar.

Para el autor de *Stabat Mater* lo más importante era saber cómo veía al movimiento la gente que caminaba por la banqueta; de ahí se rescataba la trama de cuanto sucede en la realidad. Se propuso rescatar –como en otras obras, sobre todo, *Una muerte sencilla, justa, eterna*– la presencia de los rostros invisibles a quienes se les impone una forma de vida, que están distraídos de su propio cuerpo, y en *Si muero lejos de ti* esto mismo se representa en los chicos de la pandilla. “El poder cambia tus valores a su antojo; en ese sentido la novela trata de los propósitos del poder: finalmente a todos nos cambian nuestra cara, nuestro nombre”. (Aguilar Mora, 1995 123-124, 126). Lo cierto es que la presencia del movimiento

estudiantil en su novela es circunstancial, no la concibió como un tema y sí se desprende del duelo.

En la obra de Aguilar Mora, los géneros se interrelacionan estilísticamente. Se pueden encontrar descripciones narrativas en el ensayo y ensayísticas en la novela; el escritor acepta, por ejemplo, conexión entre *Una muerte sencilla justa, eterna...* y *Los secretos de la aurora*, su última novela publicada. Incluso señala que es parte de la propuesta de esos libros: “que los lectores sientan la fuerza de esas conexiones y que esa fuerza los lleve a las encrucijadas y por los pasadizos secretos. Y los que llevará incluso a un poema como *Stabat Mater*. Mi poesía está conectada también con el ensayo, con la novela, con los cuentos [...] que nunca escribiré, y con las obras de teatro que estoy escribiendo y que no sé si termine” (García, 2004 s/p).¹ En su narrativa se identifica la polisemia y la coexistencia de voces dialogando en la misma línea discursiva –como en una fuga musical– que se contrastan y se confrontan; están permeados de una singular autocrítica, libres de ejercicios en boga y concesiones institucionales. Él es un intelectual ácrata y ejerce la disidencia, sin enseñanzas libelistas. Sus mayores influencias y lecciones provienen de su hermano David que le enseñó los rudimentos de la escritura que sigue utilizando; y sus “padres intelectuales” fueron Sergio Fernández, Antonio Alatorre y Roland Barthes.

Entre la teoría, la creación y la experiencia

La obra de Jorge Aguilar Mora suma más de veinte títulos de poesía, ensayo, novela, teatro y un texto conversacional con escritores franceses, que es una mixtura entre ensayo, crónica y autobiografía de sus personajes, pues ¿qué hace un entrevistado cuando responde sino deslizar mensajes o refutaciones sobre sí mismo, sus peripecias y su trabajo? Y claro, al reelaborar desde la propia memoria, inventa para zanzar los huecos que deja el olvido y, de pronto, también se atilda, lleva consigo aspiraciones de trascendencia y rituales existenciales. Sus primeros años en Francia son convulsos, rodeado de la efervescencia intelectual y la presencia de

¹ Su obra ensayística, también, abarca *El texto de un juicio* (1974), *La divina pareja: historia y mito en Octavio Paz* (1978), *Un día en la vida del general Obregón* (1983); *La generación perdida* (1991), *La sombra del tiempo. Ensayos sobre Octavio Paz y Juan Rulfo* (2010), *El silencio de la Revolución y otros ensayos* (2011), *Sueños de la razón, 1799 y 1800* (2015) *Fantasmas de la luz y el caos, 1801 y 1802* (2018).

extranjeros refugiados: París era una suerte de tierra prometida, aunque todo fulgor está rodeado de abismos.

La represión en México no era desconocida y Aguilar Mora la había palpado; al distanciarse de su país, menguó el dolor y parte de su extranjería lo liberaba de los juicios de sus colegas, que permanecieron en México conviviendo con los prejuicios propios de nuestra idiosincrasia, aun de una identidad: esta palabra se atisba desde múltiples definiciones, conceptualizaciones y su asimilación ha representado posiciones, enconadas entre sí y ha dejado traumatismos al paso de la historia; entraña una compleja problemática, sobre todo, desde la guerra de Independencia.

Aguilar Mora nunca consideró su alejamiento de México como un “exilio”: “vivo constantemente en México de otra manera. A mi manera” (en García Bonilla, 2004 s/p.). Con frecuencia ha mencionado que la extranjería le ha fascinado porque le ha permitido tener distancia frente a muchos detalles, cotidianidades e instituciones; para él vivir “ahí de donde uno es” resulta una experiencia vertical, de profundidad y, por ende, “rigurosamente personal”, frente a la experiencia “horizontal” de la extranjería, siempre abarcable: “como recorrer todos los días un camino nuevo, sentir un nuevo olor, y siempre extraño. El escritor fortaleció su identidad individual por ‘la conciencia de ser distinto a los demás’” (s/p). Las clases y las conversaciones con Barthes fueron cruciales en su formación como estudioso de la realidad que convierte en literatura cuanto le obsesiona, estudia, asimila, experimenta y discute. La lectura de *El placer del texto* (1973) y *El grado cero de la escritura* (1953), a pesar la incompreensión ante las propuestas críticas, lo habían entusiasmado: “de su extraño rigor se trasmitía una sensación inédita de aventura intelectual, de un mundo apasionante y desconocido que apenas se estaba descubriendo” (Aguilar Mora, 1986, 54).

Del maestro no aprendió técnicas, porque antes, cuando le había hecho preguntas teóricas, los resultados se malograron. “Con él se aprendía a pensar: era imposible imitarlo y esa era su mejor enseñanza, [...] dejaba ver con toda claridad la soledad del pensamiento creador” (Aguilar Mora, 1986, 54). En “Roland Barthes. Epílogo de una entrevista ineludible”, Aguilar Mora despliega su interpretación de cimientos y columnas sobre los que se erige el pensamiento barthesiano. Señala su entusiasmo ante *El grado cero de la escritura* (1947) y *Ensayos críticos* (1964) cuando aún era estudiante en México; esas lecturas clamaban una metodología en

el análisis y en la arquitectura de estilos narrativos de imbricación de las lenguas regionales con hablas particulares.

Nuestro escritor considera que el teórico de Cherburgo “analizó su propia vida como texto, como un conglomerado de signos” (Aguilar Mora, 1986, 54); de esa comparación podemos aventurar que el propio Aguilar Mora ha planeado su existencia: a partir del vínculo experiencia-memoria-imaginación; en la escritura busca totalidades y la complejidad es un filtro que permite la decantación de las formas textuales, e implica una búsqueda estética que recuperan la apariencia, gestos, rencores, devociones de las figuras anónimas que rescata en el ensayo y delinea en los personajes de sus novelas. Barthes es un modelo de intelectual cuyos pasos por el estructuralismo fueron fugaces, en cierto sentido; añade que para su maestro “el lenguaje era el receptor esencial del sentido, lingüístico tenía que ser el modelo de la semiología y, por lo tanto, la semiología era una parte de la lingüística” (Aguilar Mora, 1986 56). Un momento culminante de Barthes fue *S/Z* (1970) donde analiza *Sarrazine* de Balzac con su propio método. Considera que en las primeras páginas manifiesta “una declaración de la pérdida [...] perdió la ilusión de la estructura cerrada, de la estructura posible de cualquier obra literaria” (56); después de esa cima de la crítica literaria del siglo XX, Barthes se aleja como de un nicho seguro y se dirige a la semiología. Luego sería: “Un hedonista que convertía sus placeres más inmediatos y duraderos en claves de su reflexión y de su estilo” (54).

Los sueños de la razón y los fantasmas crepusculares

Durante dos décadas, Aguilar Mora elaboró la consumación de sus inquietudes y búsquedas en el decurso del pensamiento social, filosófico, artístico, tecnológico; las concentró en uno de los proyectos ensayísticos más ambiciosos de la literatura mexicana en el transcurso del siglo XXI; sitúa acontecimientos y personajes relevantes de cada año y delinea, polemiza, confirma detalles, vistos como un todo, que a su vez se reconcentra en sutilezas. Advierte los meandros de la historia, apenas nombrados, que han sido la punta de lanza de cambios sociales y metamorfosis en el pensamiento. Y la historia forma parte del cuerpo de su escritura, más allá

de sucesos, épocas y fechas; ésta misma también conforma la idea de la escritura, precisa que “Ya no es literatura” (Derbez 23).

La primera entrega se contiene en *Sueños de la razón 1799 y 1800* (2015); por este ensayo recibió el Premio Xavier Villaurrutia. El inicio visible está en la Revolución francesa (1789): se reconoce la identidad colectiva a través de la individualidad del sujeto pensante que admite y enfrenta su propia existencia, sostenida en la fe; el catolicismo desquebrajado aun con el proyecto de la Compañía de Jesús (Ignacio de Loyola, 1543); la Reforma precipita su salida de la península ibérica (1767). *Los hombres y los nombres en los albores del siglo XIX*, acaso podría ser otro posible título de esta indagación descomunal de Aguilar Mora; también es una indagación y recuento biográfico, anímico e intelectual, cuyos pilares son Goethe, Schelling, Hölderlin, Novalis, Humboldt; Kant, Hegel y Fichte; el clasicismo musical germánico y los pensadores, también, nacidos en Francia e Inglaterra, Estados Unidos e Iberoamérica (García, 2015 s/p).

El segundo bienio está contenido en *Fantasmas de la luz y el caos 1801-1802* (2018). Las correspondencias que alcanza pueden ser tan insólitas como iluminadoras y articula el pulso social e intelectual. Leemos a un relator omnisciente que narra con llaneza conversacional y con hondura, al mismo tiempo; la narración es menos efusiva, un trasunto de la imposible neutralidad. Entre las figuras protagónicas sabemos del naturalista y botánico Francisco José de Caldas; el Conde de Buffon y el mandatario Thomas Jefferson, clave en la Declaración de Independencia de Estados Unidos; Chateaubriand –y el uso de su novela *Atala*–, amigo entrañable de la pensadora Madame de Staël; Dorotea Veit y el revuelo que causó su *Florentin*; antes (en 1799), su esposo Friederich Schlegel publicó *Lucinda* que concentra la estética de su autor. Encontramos a Humboldt y Bonpland cruzando llanuras en Colombia. Resplandece la figura de Staël, también, por su lucidez crítica y la conciencia de su lugar como crítica de Napoleón Bonaparte y escritora, libre de protocolos patriarcales.

En estos volúmenes se confirman las aspiraciones universalistas de Aguilar Mora. Las conexiones que establece responden a una penetración y sapiencia sobre los mapas de las distintas disciplinas, provistas de una pluma tan fina como bisturí, de una precisión y economía de medios que no deja de cuestionarnos cómo manifiesta la decadencia de la humanidad y la pulcritud narrativa de nuestro autor. Aquí la vertiente

estético-filosófica “ocupa la mayor parte del discurso, su relación básica es con los personajes” (Cue 14), casi sustraídos de su ámbito. Desde afuera, como vemos, Aguilar Mora reconoce su pasión y preocupación por el México llano, lejos de un Estado debilitado, cuyas instituciones hoy en día se siguen erosionando.

En sus intersticios, la escritura de nuestro autor trasluce una minucia y encuentra luces veladas y rostros desfigurados (como en las telas de Francis Bacon); se libera de ortodoxias universitarias que transforman las metodologías, en objetivos centrales y no en mediaciones y enfoques hermenéuticos. Una preocupación central como narrador es desentrañar verdades institucionales y discursivas, confrontando las historiografías literaria y social; cuestionando, de manera radical, desliza elementos de las literaturas del yo.

Crítica a Octavio Paz

Durante años se habló de Jorge Aguilar Mora, sobre todo, por *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz* (1978), que representa la admiración al poeta, como una crítica radical a su obra ensayística; en dicha obra se concentra en la reflexión teórica sobre la historia de México –particularmente, *El laberinto de la soledad* (1949) y *Posdata* (1970)–, la literatura de vanguardia, sobre sus nociones y teoría de la poesía y sus criterios históricos –*El arco y la lira*, publicada en 1956 y *Los hijos del limo* de 1974 son centrales–; y las complejas relaciones entre poesía e historia. Sin reparos, cuestiona la veneración de la crítica hacia el poeta y ensayista; asentada más en la glosa que en el análisis, del medio intelectual: “el servilismo solapado, la adulación incondicional, la hipérbole paródica que adopta la mirada ‘crítica’ ante figuras dominantes como la de Paz” (Aguilar Mora, 1978, 18). En el ámbito académico y cultural, Aguilar Mora causó incomodidad y repudio, lo que se tradujo, con el paso del tiempo, en indiferencia y silencio. Y su respeto a Paz se confirma en *La sombra del tiempo. Ensayos sobre Octavio Paz y Juan Rulfo* cuando señala que, con pocas excepciones, el pensamiento literario es inexistente: “los ensayos se reducen a comentarios interpretativos de dureza académica o glosas de periodismo literario [...] En cambio Octavio Paz escribió una obra que vale la pena discurrir, interpretar, criticar” (Aguilar Mora, 2010, 7-8).

Confronta a la persona de Octavio Paz por sus hechos; al creador con su obra; a la figura con sus representaciones sociales, como lo hace con los escritores de la Revolución, los soldados de levita y los peones con rifles: “la bola”; establece las contradicciones entre la obra y la (auto)proyección del personaje, su mirada va de la estructura a la contextualización de los poéticas en el tiempo y sus bifurcaciones históricas y llega a algunas conclusiones. Señala, por ejemplo, que *Piedra de sol* es uno de los poemas más bellos y perfectos del siglo XX (Aguilar Mora, 2010, 68), “Es la obra más acabada [...] en ese perpetuo ejercicio de la cultura criolla de México de fundir la occidental con lo indígena. Nadie lo ha hecho mejor que él” (1998, 6, 26).

El caudillo deificado y los héroes anónimos

Con la misma sagacidad, Jorge Aguilar Mora propone un instantáneo retrato del último caudillo mexicano dueño de una gran tesitura, quien extrae los logros de las élites milicianas y proyecta una nueva idea de nación. *Un día en la vida del general Obregón* aparece como una recuperación de la anonimia revolucionaria realizada con el oficio de narrador consumado. Se trata de Álvaro Obregón y su entrada a la Ciudad de México el 15 de agosto de 1914, frente al Cuerpo de Ejército Constitucionalista del Noroeste. Esta fecha, para Aguilar Mora, es clave en la vida del caudillo, de la Revolución y del país mismo (Derbez 23). Nuestro escritor, que desde 1980 había empezado a investigar porque planeaba escribir una biografía de Obregón, tiene fascinación por las entretelas y estrategias de la guerra; en sí misma, una paradójica anomalía de la condición humana. Un tema subyacente en toda la obra de Aguilar Mora es el dolor: las diversas formas de asumirlo desde la epidermis hasta la conciencia, y la culpa irrefrenable, que deriva en la ética de la existencia en la convivencia diaria.

Traza rasgos oscuros del Manco de Celaya, quien denotaba una “profunda dualidad de carácter, de la que dan testimonio todos los que lo conocieron: su inclinación a la melancolía y a la chocarrería. Se burlaba de su gravedad y reflexionaba sobre sus bromas” (Aguilar Mora, 2008, 70). Se entrevistó la presencia de múltiples colaboracionistas durante el movimiento armado; espías que proporcionaban información para atacar y defenderse de los opositores.

Junto a Carranza al entrar a la capital, el 29 de noviembre de 1914, “llegaron todos los agentes que habían servido en la campaña y se reunieron con los que habían servido en la capital clandestinamente. Las luchas por el poder comenzaron de inmediato” (Aguilar Mora, 2008, 48). Obregón: un hombre hiperactivo, proyectó una imagen de caudillo intachable, “el salvador de la patria”. Fue él quien derrotó a Villa en la batalla de Celaya; como colofón, hubo otras peleas entre los mismos contrincantes; en Santa Ana del Conde perdió el brazo derecho y Villa se retiró de la División del Norte.

Aguilar Mora deja ver sesgos de la vida privada. Nada extraordinario: apetencias humanas, proclives a la ofuscación si son estimuladas por el poder. Las aventuras amorosas fueron naturales en el caudillo; la más *conocida* –y al paso de los años silenciada– fue con María Conesa, la legendaria tiple, actriz y *vedette* a quien había escuchado cantar a fines de enero de 1915. Este *affaire* se asienta en el archivo del militar Rafael Manzo –al que Aguilar Mora tuvo acceso después de la publicación de las primeras tres ediciones del libro–² a quien el caudillo de Navojua le confiaba sobre su arrepentimiento y corrección por los “días no muy santos” que había vivido con Mary-Conet. El general quería resarcir su conducta para recuperar la relación y guardar fidelidad a su prometida María Tapia. Enrique Alonso también testimonia esa relación no santa; refiere en *María Conesa* (1987), los arranques eroticoamorosos que provocaba en los ejércitos que ocuparon la capital en esos días. De ese vínculo sólo quedaron dos cartas y la nada (2008, 63, 76).

A mediados de 1915 cuando perdió el brazo y a principios de 1916 contrajo matrimonio con María Tapia; luego sobrevino la decadencia: una clínica de Estados Unidos informó que los trastornos de salud del general Obregón no se debían sólo a la pérdida del brazo.

A los cuarenta años, cinco después de la amputación y no se sabe cuántos después de haberse contagiado de sífilis,³ era ya un hombre viejo. Engordó, encaneció [...]; en una foto, tomada probablemente en Sonora y en la que no podía tener más de cuarenta y ocho años, parecía un anciano de setenta. (Aguilar Mora, 2008, 67)

² A través del amigo de un primo, Jorge Aguilar Mora conoció (en 1986 o 1987) las cuarenta y cinco misivas contenidas en el archivo Rafael Manzo. El autor precisa las cuatro ediciones del libro: (Aguilar Mora, 2008 83-86).

³ Nuestro autor encontró el diagnóstico de sífilis en los archivos del gobierno estadounidense en Washington.

Más que la recreación y contextualización de una imagen, fijada por una cámara o en un boceto, estamos ante un fresco del ambiente que vivía el país, en medio de reyertas políticas de grupos y dirigentes que rompieron sus alianzas y se ensañaron con un arma fulminante: la traición. La escritura, el estilo, atempera registros, anécdotas y géneros. Estamos frente a múltiples claroscuros, dependiendo donde se sitúen lectoras y lectores en la historia, la literatura, la narración de instantáneas, cuadros de costumbres. Nuestro ensayista se pregunta, a través de la conciencia de su personaje, si Obregón fue un héroe o un impostor (Aguilar Mora, 2008, 55).

Con la primera edición de *Un día en la vida de Álvaro Obregón* (SEP-Martín Casillas, 1982) se inició la colección Memoria y Olvido, aunque poco después de su publicación, desapareció y, según el ensayista, nunca hubo una explicación. La censura sepultó el libro. En la misma colección, después, salió el mismo título, ya sin el sello de la SEP (Derbez 22).⁴

Rostros velados, entre la memoria, la historia y la ficción

Una muerte sencilla, justa, eterna: Cultura y guerra durante la Revolución mexicana al principio quiso ser una escritura diríase, a la mexicana, de *La historia de los trece césares* de Suetonio. Aguilar Mora advirtió que “de Obregón y López Portillo había trece mandatarios, no doce, pero al hacer mi primera cuenta decidí excluir a uno, a cualquiera, de los trece que ocuparon la presidencia durante el Maximato para que el número coincidiera con el número de césares de Suetonio” (Aguilar Mora, 1990, 10). “Cuando hablo de los doce o trece césares de la historia mexicana [...] quiero aludir a esa continuidad de despojo, de saqueo del país, de irresponsabilidad total, y punto a esa otra idea que habla de un neoporfirismo” (Toledo 135). En el transcurso de su investigación, que nació con la idea de escribir una biografía de Obregón, nuestro escritor pensó que “La literatura podía pagar la deuda que tenía con la historia de la Revolución y, al mismo tiempo, con la perspectiva de volverse memoria colectiva, podía cumplir con un

⁴ Aguilar Mora recuerda que tampoco esa edición, sin el logotipo de la SEP, se distribuyó adecuadamente. Él cree que la burocracia intelectual se molestó y además no supo defender el libro frente a la “burocracia-burocracia”: “Creo que le pudo haber molestado a un burócrata a secas. Me sugirieron a veces que no se podían decir esas cosas de Obregón en la editorial de la SEP que era, como sabemos, la secretaría que fundó cuando Vasconcelos se hizo cargo de ella en 1921. Yo mostraba a un Obregón, de pronto, envejecido a los cuarenta y ocho años de edad” (Aguilar Mora, 1993, 22).

propósito original: convertirse en escritura de algo ya escrito, sí; en mera recreación de algo ya vivido para siempre, sí, también” (1990, 12-13).

Autobiografía, metaficción y ensayo se funden con la historia social; inmediatamente, Aguilar Mora narra, por ejemplo, incidentes que se contaban sobre Martín López, el hermano de un miliciano villista condenado a muerte, quien vagaba por las calles y sacaba de sus prendas una serie de fotos de Pablo López, se detenía en las esquinas, las besaba y, según cuenta la historia narrada por Nellie Campobello, lloraba y se emborrachaba para amansar el dolor y repetía que acababan de fusilar a su hermano en Chihuahua: “aquí lo tiene frente al paredón, tiene un puro en la boca, véalo, señora, sus muletas parecen quebrarse de un momento a otro. BALA TIZNADA, PESADA COMO LOS GRINGOS. Si mi hermano Pablito no hubiera estado herido, no lo hubieran agarrado.’ Y se le salían los mocos y las lágrimas, él se limpiaba con la manga mugrosa del chaquetín verde, falto de botones” (Campobello 110).

Jorge Aguilar Mora encuentra paralelismos con Martín López, en tiempos diferentes; explica el comportamiento del villista antes del fusilamiento: la dignidad con que asumió su condición hasta el último momento de su existencia, “no sólo se mantuvo íntegro frente a sus verdugos; también se mantuvo íntegro ante su muerte [...] él se llevó consigo lo único que [...] no podían quitarle: la identidad con su propia vida” (1990, 44).

Estamos entre la pérdida de familiares y la pérdida de una identidad, de los orígenes, el territorio, los rituales de cada día. Al evocar los acontecimientos que rodearon la muerte de su hermano David (1939-1965), El escritor señala: “Era obvio que David [...] estaba en una de las guerrillas de Guatemala lo había capturado la policía mexicana unos meses antes cruzando ilegalmente la frontera y huyendo del ejército guatemalteco. Lo torturaron en las mazmorras de la Secretaría de Gobernación y lo soltaron, advertido de que la próxima vez...” (1990, 25-26).

Regresó a México debilitado por las torturas de los agentes de migración; días después, volvió a Guatemala, esa vez acompañado de su esposa, quien dos meses más tarde envió un mensaje: David había desaparecido y debía ir a indagar con la policía del país vecino. Al detallar el periplo de horror y congoja que siguió señala: “repasando cada momento de aquel viaje para saber si hubo un momento que pudo haber sido la salvación

de David y que yo dejé pasar [...] ni siquiera el cadáver se recuperó. Dispusieron de su dignidad, de su vida, de sus restos: dispusieron de todo [...] cuando llegué a Guatemala, el 20 de diciembre [de 1965] probablemente ya habían tirado su cadáver al mar” (1990, 25-27).

La sordidez de la zozobra personal se sublimó y dejó huellas en obras como *Una muerte sencilla, justa y eterna* y *Cadáver lleno de mundo* en donde se “utiliza la historia del lenguaje, el pasado del lenguaje, para reconstruir una historia del presente” (Toledo 115). Vincula la brutalidad con la que perdió la vida su hermano –a quien dedica de manera explícita e implícita algunos de sus libros más relevantes– y el extravío que provocó la matanza de Tlatelolco entre la población, se suscitaron múltiples interrogantes para el escritor alrededor de la historia y la vida cotidiana. Él tenía que encontrar sus propias verdades de México y su historia, cuyos hechos –la experiencia de las colectividades– inciden, de manera particular, en comunidades y regiones, instituciones, así como en familiares y gremios: desde la configuración de los Estados hasta la República de las letras.

La reflexión ensayística del autor de *Los secretos de la aurora* han incomodado a historiadores y literatos; coincide con la Historia –entendida como una totalidad fragmentada– por reconstruir y reinventar. La memoria cíclicamente se actualiza porque “el pasado [...] nunca es pasado, siempre está con nosotros, presente” (Aguilar Mora, 2018, 11). La integración de géneros se sostiene con el lenguaje. Las biografías fragmentarias, en la narración, fungen como escenas ignotas. Cada registro y enfoque son independientes del resto, pero en diversos momentos se cruzan y siguen la misma linealidad discursiva, ahí donde el narrador se intercambia la primera y tercera personas: “Esta personalización del narrador en un proyecto de historiografía aparece como un reto” (Toledo 131).

En la alternancia o coexistencia de registros discursivos, Aguilar Mora se asume como narrador y el único personaje ficticio, “aunque, siguiendo el modelo de Vasconcelos muchas de las cosas referidas a mi persona sean inventadas” (Toledo 131). Hay una puesta en escena que le exige una dramatización de los avatares familiares, distantes del sentimentalismo; es una apropiación personal de la historia social que, asimismo, forma parte de la búsqueda y actualización de la memoria. Individuo y colectividad se concilian en una microhistoria que preserva rituales y alicientes.

Jorge Aguilar Mora busca totalidades; para él, las aproximaciones permiten insospechadas ramificaciones –al principio imponentes y atisban en la conclusión de cada proyecto escritural–; sobre los escenarios y la ciudad de su novela *Los secretos de la aurora* (2002) se ha señalado que es una totalidad en sí misma. Ahora es común hablar de la hibridez en los géneros literarios; en la obra de Aguilar Mora los géneros se comparten y en muchos pasajes se funden, sobre todo, cuando la presencia de la historia supera las cronologías, santorales oficiales y recuentos habituales como los de Francisco Villa o Lucio Blanco que sólo crean atmósferas o delimitaciones cíclicas.

En apariencia, *Una muerte sencilla, justa, eterna*,⁵ dividida en cincuenta y dos capítulos, es una reflexión sobre los protagonistas poco conocidos alrededor de la Revolución Mexicana como Ramón Puente, Silvino García, Pablo López, Adolfo León Osorio: En su recorrido realiza la revisión de la historiografía literaria e histórica sobre los enfoques de la llamada literatura de la Revolución frente a hechos significativos de nuestra historia como la Decena Trágica (1913) y la toma de Zacatecas (1915) dos de los acontecimientos más cruentos de la lucha armada. Aguilar Mora ahonda sobre la importancia de escritores conocidos como Francisco L. Urquiza (1891-1969) y Nellie Campobello (1900-1986).

La huella de la Revolución y la reflexión sobre México abarca una porción significativa de la ensayística de Aguilar Mora; *El silencio de la Revolución y otros ensayos* (2011) reúne ocho textos sobre escritores que presenciaron, de cerca o a distancia, la lucha armada; con un estilo punzante cuestiona las verdades oficiales de mármol. Se sumerge en la pátina de la tradición historiográfica con una mirada inédita frente a la reconocible portada de la historia y crítica literaria sobre la Revolución. Se propone desplazar el enfoque político hacia la cotidianidad de la gente de a pie porque “todo comienza en la voluntad humana, de uno, de dos, de tres, de miles y fue así como se creó ‘la bola’” (2011, 10-11).

Las entrelíneas de la literatura nos revelan detalles que los documentos y las fechas, incluso, ocultan de su pregunta sobre la división arbitraria entre “historia” y “literatura”; aún más: “los novelistas de la Revolución más auténticos no se plantearon nunca la disyuntiva entre los histórico

⁵ De *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana* apareció, en 2020, una nueva edición, editada por la Secretaría de Cultura del estado de Chihuahua (Col. Bárbaros ilustrados. Autores chihuahuenses), con presentación y posfacio de Rubén Mejía.

y lo ficticio” (2011, 10, 15). Y desde esta perspectiva resitúa la importancia Nellie Campobello y *Cartucho* (1931), relegada por las convenciones canónicas. Historia y literatura se construyen desde la memoria individual y colectiva (el imaginario): “*Cartucho* tiene su propia identidad, ni mayor ni menor que la de *Pedro Páramo* o la de *Cien años de soledad*” (2011, 112). En su labor, resignificación de la anonimidad y sus implicaciones, Jorge Aguilar Mora confronta historia, ensayo, confesión autobiográfica en la misma línea narrativa, como novela-río; siempre coexisten varios registros. Así se intensifican los hechos y sus matices sobresaliendo un discurso abigarrado. Fusiona crítica académica y ensayo literario con la destreza de un investigador universitario que, durante medio siglo, ha reconocido el silencio de la escritura como principio con incertidumbres, hallazgos; epifanías y fracasos; admite, también, la intrincada labor que representa la crítica de la crítica.

Conclusiones

Se ha observado aquí, en medio de un seguimiento biográfico, cómo la obra de Jorge Aguilar Mora es atípica por completo; ninguno de sus libros se parece entre sí, con excepción del magno proyecto sobre su propia crónica del siglo XIX en el mundo, cuyos dos primeros volúmenes (*Sueños de la razón: 1799 y 1800; Fantasmas de la luz y el caos: 1801 y 1802*) dejan ver a un escritor obsesionado por la precisión de los datos que resitúa, actualiza e interpreta. Una de las aportaciones como escritor y académico es que conjuga, narrativa y estructuralmente, el estilo literario de largo aliento con el rigor y hermenéuticas de la academia universitaria, sin evidenciar –excluyendo las bibliografías– los andamios del aparato crítico que utiliza en cada una de sus investigaciones. Un aporte más es la amalgama de géneros –inadmisible para los criterios canónicos–: crónica, ensayo, biografía fragmentaria y autobiografía se integran en *Una muerte sencilla, justa, eterna* (título tomado de “Batallas” en *Los poemas póstumos II* de César Vallejo);⁶ el desvanecimiento de los géneros implica un gran oficio en la delimitación de registros narrativos y la bifurcación entre literatura, historia y el resto de las

⁶ *Una muerte sencilla, justa, eterna* concluye con el apartado “El último título” que también funge como un homenaje a César Vallejo, a quien considera el mejor poeta del siglo XX, en cualquier idioma, y deja ver que todo gran poeta analiza con la reflexión de un filósofo, además de los atributos en el uso y proyección del lenguaje (Aguilar Mora, 1990, 400-402).

humanidades. Aspira a un análisis de las colectividades, entre la brutalidad de las élites y el destino manifiesto de los rostros invisibles; en medio, los imponderables de un país siempre en crisis y un mundo acechado por la conciencia trágica y, también, liberadora de la muerte. Jorge Aguilar Mora es uno de los intelectuales más preclaros en el México contemporáneo. La complejidad de su obra aspira a compartir una visión del mundo que respira una suerte de discernimiento puntillista.

Referencias

- Aguilar Mora, Jorge. *Cadáver lleno de mundo*. México: Joaquín Mortiz, 1971.
- . *Fantasmas de la luz y el caos. 1801 y 1802*. México: ERA, 2018.
- . *El silencio de la Revolución y otros ensayos*. México: ERA, 2011.
- . *La divina pareja. Historia y Mito en Octavio Paz*. México: ERA, 1978.
- . *La otra Francia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- . *La sombra del tiempo. Ensayos sobre Octavio Paz y Juan Rulfo*. México: Siglo XXI Editores, 2010.
- . “Piedra de sol”. *El Universal*, 26 de abril de 1998, 6.
- . *Sueños de la razón. Umbrales del siglo XIX 1799 y 1800*. México: ERA, 2015.
- . *Un día en la vida del general Obregón*. México: Ediciones Era, 2008.
- . *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución mexicana*. México: ERA, 1990.
- Brading, David A. *Mito y profecía en la Historia de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Campobello, Nellie. *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México*. México: ERA, 2000.
- Cué, Alberto. “La totalidad y sus fantasmas”. *Crítica. Revista literaria*, 2019, núm. 185, 6-19.
- Derbez, Alain. “Entrevista con Jorge Aguilar Mora”. *La Jornada Semanal*, 2 de mayo de 1993, 21-28.
- García Bonilla, Roberto. (2004). “Los Misterios del alba. Entrevista con Jorge Aguilar Mora”. Universidad Complutense de Madrid. <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero27/jaguilar.html>
- . “La cronología como género literario”. *Siempre!*, 1 de diciembre de 2015. <http://www.siempre.mx/2015/12/la-cronologia-como-genero-literario/>
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. México: Siglo XXI Editores, 2005.
- Toledo, Alejandro. “Jorge Aguilar Mora”. *El poder no impone máscaras en Los márgenes de la palabra*. México: Textos de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, UNAM, 1995, pp. 115-136.